

LA LECCION POLACA

Cuando en 1970 el Gobierno polaco tuvo que ceder ante la protesta laboral desencadenada por una brusca alza de precios en los artículos de diario consumo, Gomulka fue reemplazado por Gierek en la conducción del régimen comunista de ese país. Ahora, diez años más tarde, Gierek ha caído fruto de otra crisis laboral, siendo reemplazado por Kania. Sin embargo, en esta ocasión, el cambio en la jefatura del Gobierno ha sido un mero efecto secundario de los hechos. La diferencia fundamental es que mientras en 1970 el conflicto laboral sólo afectaba la autoridad de los gobernantes de turno, ahora ha logrado una victoria que representa un desafío integral al sistema socialista y a la ideología marxista.

En 1970, el Gobierno cedió rebajando precios. Ahora ha debido hacerlo autorizando la primera organización sindical libre y autónoma en un país de la órbita soviética. ▶

El nombre de Lech Walesa recorre hoy el mundo como el primer líder gremial auténtico dentro de un Estado marxista. Su figura constituye un símbolo heroico del triunfo de los huelguistas de Gdansk, y su "Movimiento de Solidaridad" despierta universal admiración y simpatía. Pero para apreciar las proyecciones de éste, y seguir las alternativas que presente se desenlace, nos parece necesario advertir hasta dónde se trata de un golpe al corazón mismo de la doctrina comunista, y una amenaza potencial para la **estructura global** de las naciones sometidas a ella.

Es sabido que Marx funda su doctrina sobre la base de que todo conflicto social deriva de la "explotación" del hombre por el hombre, que implicaría la entrega de la propia fuerza de trabajo a otro, sea bajo la forma del vasallaje a cambio de la subsistencia y protección otorgada por el señor feudal, sea posteriormente a través del arrendamiento del trabajo a cambio de la remuneración pagada por el dueño de un capital o medio de producción.

Para Marx, el surgimiento del intercambio, generado por la división del trabajo, rompe la armonía primitiva entre el modo de producción y el modo de apropiación, hasta entonces ambos individuales. Originalmente, el hombre consumía los mismos bienes que producía. Con la división del trabajo y el nacimiento e intensificación del intercambio, tal situación fue reemplazada por formas de producción colectiva, manteniéndose no obstante un modo de apropiación individual. En ese fenómeno, el marxismo ve la raíz del problema de la "alineación", según el cual el hombre se haría "ajeno" al "enajenar" su propio trabajo. La teoría de Marx sobre la plusvalía y su concepción de la propiedad privada como un robo, brotan como

lógico corolario de tal enfoque.

Superar dicha "alineación" es el objetivo último del marxismo. Y consciente de la imposibilidad de retrotraer la historia a la era primitiva previa a la división del trabajo, el "reencuentro" se postula en un futuro modo de producción social, que armonice con un modo de apropiación igualmente social. Es la sociedad comunista, donde cada persona se integrará a la producción colectiva según su capacidad, y a cada persona le serán asignados los bienes que requiera según su necesidad. Desaparecida la "alineación", se eliminará la presunta fuente de todos los males y conflictos humanos. Un "hombre nuevo", que los clásicos del marxismo insinúan, aunque no precisan, será el gestor y beneficiario de una sociedad sin dominaciones de ninguna especie, e incluso sin autoridad ni Estado, ya que éstos sólo serían instrumentos de dominio de unos seres humanos sobre otros. Conocido es que para el marxismo la llegada al paraíso comunista resulta un hecho necesario y fatal, propio de una evolución histórica determinista erigida en "ciencia". El capitalismo —última y máxima expresión de la sociedad "de clases, explotadora y alienada"— llevaría en sí mismo los gérmenes inevitables de su propia destrucción. Las contradicciones generadas por el agudizamiento de la lucha de clases, simbolizado en las supuestas "leyes" de "concentración creciente de las empresas y capitales" y del "empobrecimiento creciente del proletariado", reventarían ineludiblemente en la revolución triunfante de este último. Lenin desarrollará luego el papel del Partido Comunista como "vanguardia" del proletariado, llamada a despertar en éste su conciencia de clase y a dirigirlo en su lucha revolucionaria por apresurar el "avance" hacia el comunismo. Pero el

desenlace "está escrito" y habrá de ocurrir a todo evento.

También Lenin profundizará sistemáticamente en las exigencias de la "dictadura del proletariado", etapa en que el Estado—"instrumento de dominio"—se mantiene "transitoriamente" para asegurar el aniquilamiento de la clase capitalista y de su sociedad burguesa, y preparar el advenimiento de la "plenitud comunista". El Estado socialista, conducido por el Partido Comunista, se transforma así en dueño de todos los medios de producción, antes de desaparecer para dar paso a la propiedad "social y común" de éstos, en el reino del paraíso comunista.

La filosofía "científica" de la historia propugnada por el marxismo tuvo su primer revés en la falla de sus más fundamentales predicciones. Con el mismo estrépito con que cayeron las primitivas "leyes físicas" en que Marx y Engels apoyaron su filosofía materialista, se derrumbaron los presagios de éstos en cuanto a que el capitalismo se autodestruiría en los términos descritos. Refutando los augurios de Marx, los países que por su avanzado capitalismo habrían de dar paso en primer término al triunfo de la "revolución proletaria", como Inglaterra o Alemania, consolidaron sus esquemas, logrando niveles generalizados de bienestar nunca antes conocidos.

Muchas han sido las explicaciones intentadas para justificar que el Estado marxista se haya impuesto en cambio inicialmente en la Rusia de los Zares, a través del putsch bolchevique, tan distinto de la "revolución proletaria" que—según el marxismo—se limitaría a ser "la partera de la historia" en el momento del clímax de la "contradicción capitalista". Pero ningún alegato al respecto ha resultado convincente. Menos aún, cuando después siempre el Estado marxista sólo se ha consolidado por medio de otros putsch seme-

jantes, o de guerras civiles nunca planteadas como de "clases", o de la ocupación bélica del Ejército rojo, o en fin, de una mezcla de algunos de esos tres métodos. Pero jamás según la Revolución predicha por Marx.

Con todo, hasta ahora el marxismo ha persistido en sostener al menos la validez del Estado socialista o "dictadura del proletariado", en cuanto asimilación del Estado, el Partido Comunista y el proletariado como "dueños" de los medios de producción, y en cuanto avance hacia la futura sociedad comunista. Renunciar a ello significaría abdicar de la médula de la doctrina marxista.

De ahí que la aceptación de un sindicalismo libre y autónomo que plantea reivindicaciones frente al Estado, es algo demasiado grave para el comunismo. Implica admitir, ni más ni menos, que los trabajadores y el Estado socialista pueden tener intereses encontrados, porque nadie formula reivindicaciones o realiza huelga contra sí mismo. Es este dogma esencial del marxismo el que Lech Walesa y los trabajadores polacos de los astilleros de Gdansk han desafiado. Por ello la Unión Soviética y sus demás satélites se juegan a fondo para evitar que esta experiencia llegue al conocimiento de sus pueblos.

Resulta sintomático que junto con Gierek, haya sido destituido el jefe de la televisión nacional polaca, Maciej Szczepanski, hoy enjuiciado por llevar una vida de placeres incompatible con la "igualdad socialista", y que comprendía desde la posesión de una isla de vacaciones en el Mediterráneo, hasta una mansión de reposo en las afueras de Varsovia, provista de más de 1.500 películas pornográficas y de cuatro prostitutas de color...

Hoy se ve pues erosionado, en su más honda raíz doctrinaria, el Estado socialista o dictadura del proletariado.

piedra angular de la doctrina marxista. Pero además no aparecen en parte alguna los rasgos del "hombre nuevo" que preanuncie siquiera algún avance hacia el proclamado paraíso comunista. Desde el alcoholismo hasta la amoralidad de los funcionarios públicos, las debilidades humanas se mantienen intactas en los regímenes marxistas. Sólo que únicamente se conocen cuando la conveniencia partidista aconseja una purga interna. Y cuando de estimular la producción económica se trata, siempre se retoma a los viejos "incentivos personales" del capitalismo, sea en la Unión Soviética o en China Popular.

En 1961, el XXI Congreso del Partido Comunista Soviético se hizo cargo del problema conceptual que significaba para su doctrina la subsistencia de la "dictadura del proletariado" en la URSS, cuando ya no existían las condiciones que teóricamente la justificaban y hacían necesaria, según lo habían postulado Marx, Engel y Lenin. En efecto, transcurría el tiempo y el estado socialista (denominación utilizada para referirse a la "dictadura del proletariado" por los propios clásicos) se perpetuaba, evidenciando que ésta era la única expresión real y permanente del marxismo, el cual nada más podía ofrecer. Fue entonces cuando, junto con invocarse diversos artificios que procuraban demostrar supuestos progresos hacia la fase final del paraíso comunista, se buscó actualizar su vigencia como ideal viable, y más aún siempre "inevitable y fatal".

Se formuló así la teoría de que el comunismo integral para cualquier país, tenía como escollo la existencia de regímenes capitalistas en otros. De este modo, el carácter universal del comunismo se transformó de meta global en exigencia simultánea, es decir, en **requisito** —y como tal en **pretexto**— que pretende justificar toda ac-

ción agresora del imperio soviético.

Bajo tal amparo presenciamos la invasión soviética de Checoslovaquia, para ahogar la "primavera de Praga" que Dubcek encabezara en 1968. Pero a diferencia de los casos anteriores de Alemania Oriental en 1953, y de Hungría en 1956, en el checoslovaco se añadió a la ocupación brutal, la "doctrina Brezhnev o de la soberanía limitada", que levantó como tesis el "derecho" de la Unión Soviética a intervenir militarmente para preservar el socialismo en cualquier país de su órbita en que dicho régimen se viera amenazado.

Por otro lado, a través de su brazo cubano en Africa, o directamente en Afganistán, el imperialismo soviético ha demostrado que su ansia expansionista y hegemónica no se limita a la "doctrina Brezhnev". Por ello es que cuando desde un país al cual incluso tal doctrina se postula como aplicable, emerge una estocada al corazón del comunismo y su futuro, se justifica la inquietud con que muchos temen que el triunfo de Walesa y sus sindicatos sea finalmente ahogado. ¿Jugará la figura del Papa polaco Juan Pablo II un papel decisivo en este conflicto, convirtiéndose así su presencia a la cabeza de la Iglesia Católica universal en una forma inesperada de enfrentamiento entre esta y el comunismo?

Las incógnitas son muchas, dramáticas y apasionantes. Pero, en cualquier caso, la herida que ya le han propinado al gigante marxista ha abierto una grieta de consecuencias impredecibles en los cimientos mismos sobre los cuales éste se apoya.

R